

¡ADIOS, ESPAÑA!

(1885.)

Ayer dejamos, en alegres horas,
 á *Liverpool*. El *Mersey* deslumbraba
 como un río de fuego. Sol britano,
 pero Sol en Abril, sobre sus aguas
 tan celestes y quietas, repartía
 resplandores ardientes. Noche plácida
 nos amparó después... Cuando volvimos
 á la vida y al Sol, con la mañana,
 miraron ya mis impacientes ojos
 las tierras nobles de la noble Irlanda.

¡Oh, verde *Erin*! Al cabo te contemplo.
Queenstown, alegre; su admirable rada,
 nos dan la bienvenida. Ya comienzan,
 con su trajín, la carga y la descarga...

Tristes y pobres emigrantes vienen,
 llenando, á cientos, resistentes lanchas...
 Y al *Servia* suben, donde voy; el *Servia*,
 de la *Línea Cunard*.

Laten sus máquinas,
 retiemblan encendidas, por que pronto
 siga el vapor, sobre la mar, su marcha.
 ¡Cuán soberbio vapor! Con él me alejo
 de las tierras de Europa, de mi España.
 Esos, que miro, tristes emigrantes,
 dejan también el suelo de su patria.
 Nos miramos con ojos que se entienden,
 porque en todos hay lágrimas y lágrimas.
 ¡Ay! yo también emigro. La fortuna
 lo quiere, me lo impone. ¡Dios me valga!

Lejos, lejos, muy lejos, mar allende,
 la América triunfante nos aguarda;
 la que engendra tan dulces ilusiones,
 al calor de tan locas esperanzas.
 En Nueva York, al cabo, pisaremos
 su firme tierra, de hermosura tanta.
 Por la cubierta del vapor, á proa,

los emigrantes fraternizan, charlan.
Breves horas transcurren. Ya de nuevo
va á zarpar el vapor...

—

Rápido zarpa,
y á la luz del crepúsculo que empieza
tornamos á la mar. ¡Adiós, Irlanda!
¡Adiós, Europa! ¡Adiós! El *Servia* corre
como una flecha, desgarrando el agua...
Ya el Sol no brilla. Se extinguió su lumbre.
¡Nos mece bien el mar...! ¡Adiós, España!

—

Ya, verde *Erin*, tus costas, en los aires,
se desvanecen... Mírolas, lejanas,
mientras las borra la sutil penumbra
y á la vez que sus nieblas la distancia.
Ya apenas si columbro, sobre el cielo,
tus distantes, bellísimas montañas.
¡Adiós, oh verde *Erin*!

—

Las grandes olas,
más cada vez fortísimas y largas,

contra el vapor se estrellan, que al instante,
como corcel que se encabrita, salta.
Va cerrando la noche, dulce noche,
de un amable misterio; noche mágica
por favor de la Luna, que en las olas
con temblores de virgen se retrata;
que cubre el mar, fantástico por ellas,
de chispas leves, misteriosas, blancas.
En la cubierta del vapor, á proa,
los emigrantes su dolor disfrazan
por modos infantiles. En revueltos
y bulliciosos grupos, las espaldas
vuelven al mar y en plácidos solaces
buscan y encuentran diversión.

—

¡Ah, cuántas
y cuántas penas callarán, Dios mío!
¡Como yo, como yo, madre del alma,
que allá, tan lejos, por el mar, tan hondo,
siguiéndome estarás...! ¡En hora infausta
me aparté de tu lado!

—

Mas, ¿qué escucho?
¡Vibran las notas de campestres gaitas!

A sus rústicos sonos, melodiosos,
 muchos apuestos emigrantes bailan.
 Todos se alegran de improviso, ¡ríen!
 ¡Sí! ¡Todos á la vez! Pobres ancianas,
 débiles viejos, mozos arrogantes,
 mozas gentiles, azucenas pálidas;
 niños dolientes, de rasgados ojos;
 niñas mustias, de tímidas miradas.

—

Todos se alegran á la vez. ¡Oh, sonos
 de la campestre música, tan grata
 como un canto de amor! ¡Rústicos sonos
 que dan al aire las gozosas gaitas!
 ¡Sobre la mar y bajo el cielo claro
 sonáis como un saludo de la patria
 para tanto infeliz! Oh, quién pudiera
 sentir, sólo un instante, con el alma
 bien atenta á sus notas, los suspiros
 de un cantar andaluz...

—

¡Honda nostalgia
 se apodera de mí!

—

De pronto, un viejo
 de un grupo de emigrantes se adelanta
 y al compás de la música ruidosa
 con grandes saltos, imprevistos, danza.
 Ya todos lo celebran. Todos ríen,
 sin cesar, sin cesar; á carcajadas...
 ¡Y en tanto el buque, sin parar un punto,
 los aleja del suelo de su Irlanda!

—

Son las diez. Ya los grupos se deshacen.
 Ya no vibran los sonos de las gaitas.
 Más cada vez, el *Servia*, combatido,
 como corcel que se encabrita, salta.
 Ya vuelven á brillar, con brillo triste,
 y en muchos ojos de emigrantes, lágrimas.
 El sueño nos requiere. Ya la Luna
 vierte los rayos de su luz muy alta...

—

¡Adiós, canciones del amor! ¡Canciones
 puras y bellas de la madre patria!
 ¡Como ilusiones del amor, tan puras!
 ¡Como las brisas, al azar, tan vagas!

¡Adiós, Europa, adiós! Mis turbios ojos
ya no te miran. Olas que amenazan
sólo contemplan ya... Padres y hermanos:
¡adiós, adiós, por fin! ¡Adiós, España!

LA SUERTE DEL BERGANTÍN

En tanto un pobre bergantín, sombrío,
batalla contra el mar, que le acomete,
un soberbio vapor, *El Ariete*,
llega y lo alcanza, dueño de su brío.

Pronto lo deja atrás. Su poderío
se impone triunfador, y al mar somete.
¿Qué le importan *mesana* ni *trinquete*?
¡Dispone del vapor á su albedrío!

Y el bergantín lo ve. Por que suspire,
con nuevas ansias, y en su afán demande
más vigor, más empuje. Por que mire,
frente al vapor, que corre tan risueño,
desdeñada, burlada por el grande,
la suerte vil de quien nació pequeño...

ISLAS ERRANTES

(1885)

...Sigue marchando el *Servia*. Busca el puerto,
 que al fin verá, de Nueva York. Domina
 tarde serena sobre el mar desierto.
 Centro siempre de un círculo, camina,
 camina el *Servia*, tan feliz. ¡Qué hermoso
 círculo, portentoso!
 Lo trazan, á la vez, la mar, los cielos,
 alrededor del buque; los espacios
 que le regalan nítidos palacios:
 los de las aves con sus libres vuelos;
 la alta mar, hoy sumisa,
 bajo el Sol, al halago de la brisa...

—
 Buque alguno, que llegue;
 que con el *Servia*, tan veloz, navegue,

llego á mirar. A solas,
 el gran vapor sobre la mar se eleva;
 marchando sin cesar, poniendo á prueba
 la rara mansedumbre de las olas.

—
 ¿Qué brilla por el límpido horizonte?
 ¿Tierra, quizás? ¿Qué tierra?
 ¿Surge la cima de lejano monte,
 pico gigante de lejana sierra?
 ¡Quizás! En lontananza,
 la inquieta cima avanza...
 Viene á nosotros... Surgen, de repente,
 por otros puntos, á la vez, mayores
 y más inquietas cimas. Prontamente,
 las dora el Sol, con vívidos colores.
 Son islas, bien extrañas;
 son flotantes montañas,
 las que el mar nos descubre; las que llegan,
 picos alzando sobre el puro cielo.
 Son las islas de hielo,
 tan hermosas y errantes, que navegan...

—
 En parajes del Norte, bien ignotos,
 bajo el influjo de perennes fríos,
 los hielos, al cuajarse, las cuajaron.

Con los soles de Abril, los hielos rotos
 formaron islas. Por abiertos ríos,
 hasta la mar anchísima llegaron.
 Sobre la mar, después, á los impulsos,
 constantes y convulsos,
 de constantes corrientes,
 vinieron hacia el Sur, apresuradas.
 Ora, vedlas. De rayos coronadas,
 por los rayos del Sol, resplandecientes,
 que se rompen, á modo de cascadas,
 al chocar en sus frentes;
 al dorar, con los vívidos colores
 de sus rayos mejores,
 sus picos gigantescos é imponentes.

—

Las islas todas, á la vez, caminan.
 Del mar tan quieto, por el Norte, fluyen...
 Algunas á nosotros se acercan.
 Otras se alejan de nosotros. Huyen...
 Caminan bien veloces. A lo lejos,
 bañadas por los lípidos reflejos
 del rubio Sol, magníficas esplenden.
 Son mágicos fanales,
 de mágicos, limpísimos cristales,
 que por el mar y para el mar se encienden.

Ya fingen opulentas catedrales,
 con altísimas torres; ya palacios
 en que sueñen bellísimas huríes,
 con muros del color de los topacios,
 salpicados de chispas de rubíes;
 ya robustos castillos,
 en que vivan,—señores de los mares
 y las tierras polares,—
 fantásticos, espléndidos caudillos;
 naves ingentes, naves caprichosas,
 del color de las rosas,
 en que lindas nereidas, encantadas,
 la vida viven de las buenas Hadas;
 ya risueñas ciudades,
 que animan, de improviso,
 las vastas soledades
 del Atlántico mar...

—

En densa bruma,
 cuando favor invocan
 del Sumo Dios, de su clemencia suma,
 buques y buques, los que al cabo chocan
 en las islas de hielo
 males sufren sin cura ni consuelo.
 ¡Dios nos proteja de tan negros males!

De aquestas misteriosas catedrales,
 y de aquestos palacios, que nos buscan;
 de los vivos raudales
 de sus luces, que ofuscan;
 de castillos tan raros,
 con diademas de faros;
 de sus graves señores;
 de los falsos amores
 de las lindas nereidas, inconstantes...

—

Declina el Sol. ¡Oh, plácidos instantes!
 ¡Oh, suma paz del alma!
 ¡Supremo bien, el de la paz!
 En calma,
 seguid, islas errantes...

BARCAROLAS

I

LA MAR AMIGA

“Buena mar, Reino del Hada
 de tus ondas; mar callada,
 bajo la bóveda azul;
 que tan serena te extiendes;
 que tan vistosa te enciendes,
 con tanta risueña luz:

—

”por buena, mi Dios te ampare.
 Su luz mejor te depare,
 rubia luz de rubio Sol.
 Con que goces, con que goce...

Por el mar, no se conoce,
ni en tierra, vida mejor.

—

”En dulces, bellas mañanas,
las barquillas, tan ufanas,
ricen las ondas del mar,
y dando al aire sus velas,
cual menudas carabelas,
no se cansen de volar...

—

”¡Así! Con propicio viento.
Por un mar que ni un momento
rabia muestre, ni inquietud...
¡Siempre así, mi mar, mi amiga;
mientras mi Dios te bendiga,
regalándote su luz!”

II

EL VIENTO AMIGO

“Corre, corre,
viento amigo.
Todo nublo rasgue y borre
cuanto aliento
fuerte y lento
va contigo.
Ven conmigo, cuando zarpe mi barquilla
de las aguas de la orilla;
cuando cruce por las aguas más someras
y apacibles: las costeras;
cuando corra por el mar tan dilatado...
Ven, bondoso; ven conmigo,
tan amable, tan pausado,
viento amigo;
porque vaya sin temores,

bajo el Sol que la enamora,
mi barquilla pescadora:

La Dolores.

—

”Soplo dulce, soplo blando,
vaya hinchando,
bienhechor,
cuanta lona largue al viento
manso y lento,
protector,
el valiente
pescador.
Por tus gracias,
viento amigo, tan clemente,
premio logren sus audacias;
codiciados,
merecidos,
bien ganados.
Peces mil, en red cogidos,
hartas veces
en la red, por torpes, caigan;
muchos, grandes, finos peces,
que provechos mil le traigan.
Por que cante
sin zozobra, sin temor;
por que espante

con canciones su dolor,
este viejo,
fatigado pescador...

—

”Por que vuelva sin temores
á las aguas de la orilla,
cuando el Sol apenas brilla
con sus últimos fulgores,
mi barquilla
pescadora: *La Dolores...*”